

ACION ESPECIAL

REVISTA DE

# ANTROPOLOGIA

AÑO VII  
NUMERO 12  
ISSN 0327 0513

UNA BUSQUEDA DEL HOMBRE  
DESDE EL TERCER MUNDO

NOVIEMBRE  
DE  
1992



REX GONZALEZ . TARRAGO. LORANDI . MER

CADO VERA . BOSCHIN . AZCUY AMEGHINO .

MOLINAS . GARRETA . CASAMIQUELA . RACE

DO . MANASSE-RABEY . BARTOLOME . LAUFER

## Llega el Quinto Centenario Con una Antropología sin historia

Ana María Lorandi\*

*Dedico este trabajo en homenaje a la memoria de  
Thierry Saignes que acaba de fallecer el  
25 de agosto de 1992.*

Es muy difícil decir algo original referente a este, hipócritamente llamado, "encuentro de culturas". Por mucha que sea mi soberbia, no lo es tan grande como para tener esa pretensión. De hecho los europeos instalaron en América sus "reinos" que no fueron otra cosa que colonizaciones, y como primera actitud no podemos intentar negarlo, sino asumirlo como una realidad que nos golpea cotidianamente. Fuimos colonizados y seguimos siéndolo, porque todavía continuamos comprando los espejitos de colores. Somos permanentes tributarios de los dictados de las grandes metrópolis, y en nuestro medio la dependencia académica, de la cual nos quisimos liberar en los años 70 sin encontrar el buen camino, se ha transformado en una constante asumida bajo los dictados del vigente posmodernismo.

Al decretarse el fin de la historia, el nihilismo imperante ha conducido a nuestro colega Carlos Reynoso a decretar también la muerte de la Antropología. El posmodernismo arrastra a un ciego deconstruccionismo al estilo derridiano pero que sus secuaces norteamericanos han llevado a límites destructivos, que por supuesto permite ejercer una crítica despiadada sobre todo lo hecho, sin hacer nada a cambio. ¿Será porque ya he pasado los 50 años, que me niego a aceptar que debo abandonar un rol protagónico, y descreer del valor de mi trabajo? ¿O es que como decía Baudrillard en su reciente visita a Buenos Aires, ya ni siquiera nos angustiamos? ¿Será que todavía me angustio

porque pertenezco al tercer mundo, como él mismo lo insinuó? Lo más terrible aún es que también puedo gozar descubriendo información que me permite avanzar en la comprensión de mi sociedad. ¿Significa eso que soy una utopista trasnochada?

Es comprensible que se decrete la muerte de la Antropología si se analiza lo que sucede alrededor. Sobre todo en el ámbito porteño, que se niega a reconocer que las realidades latinoamericanas que nos golpean cotidianamente no se pueden comprender en toda su magnitud sino se las analiza históricamente. ¿O es posible pensar que la multitud de migrantes que se instalan en torno a la Capital constituyen solamente un fenómeno moderno y que carecen de otras experiencias históricas similares que les permiten organizar una cierta lógica de relaciones con sus lugares de origen? ¿Cómo es posible analizar los problemas actuales sin considerar simultáneamente sus orígenes y sin reconocer que estos se encuentran en los complejos fenómenos que afectan también a los países vecinos, que además participan de la problemática latinoamericana? Continuemos con las preguntas.

¿Se han dado cuenta nuestros estudiantes de Antropología que estudian una sociedad de la cual no conocen su historia, y que se aprestan a discutir sobre el Quinto Centenario sin conocer nada de lo que sucedió en América Latina durante esos cinco siglos? ¿Se han dado cuenta que América Latina es un continente que alberga una de las mayores masas de campesinos de la

tierra? ¿Se han dado cuenta que Sendero Luminoso pretende romper con las utopías y que dejan a los campesinos sin opciones y que en esto terminan por ser ellos también, los de Sendero por cierto, una variante del posmodernismo? ¿Cómo entender estos procesos, entre los cuales se encuentra el de refugiarse bajo el paraguas urbano, sin entender la etnogénesis de este campesinado? ¿O es que siguen creyendo que las identidades son inmutables, y que las migraciones son fenómenos coyunturales y no definitivos, o que son totalmente involuntarias?

Es curioso, la Historia se ha enriquecido notablemente con la información antropológica, pero la Antropología, al menos la vernácula, sigue ciega y sorda a lo que puede aportarle la Historia. Dijimos al principio que es difícil decir algo original sobre el Quinto Centenario, pero también que es un hecho que hemos soportado cinco siglos de colonización y que nuestros antropólogos hablan de ello sin conocer lo que ha sucedido realmente durante ese tiempo. Cinco siglos donde se han producido innumerables procesos de etnogénesis como resultado de las necesarias acomodaciones **involuntarias** y **voluntarias** a las distintas coyunturas históricas. Junto a los procesos de desestructuración provocados por la conquista, se genera progresivamente un interminable rosario de estrategias para enfrentar las nuevas presiones coloniales. No todas fueron exitosas, pero otras sí lo fueron. No todas han tendido a conservar las cosas en su lógica prehispánica, pero la tensión entre el conservadurismo y el cambio es el hilo de Ariadna que nos conduce al presente, a esta nueva sociedad.

¿Se han preguntado los antropólogos por qué hay campesinos de origen indígena en el resto de América del Sur y prácticamente no los hay en nuestro territorio? O, como lo creían los herederos de la generación del '80, todo se explica por el modernismo adoptado **oficialmente** en nuestro país, y por las migraciones que llegaron desde el Viejo Continente cuando nació nuestro siglo? Pues no es así. Hay un proceso histórico que se inicia en la conquista y que luego se vincula con los tipos de colonización que debieron adoptar los españoles para imponer su sistema de dominación a las estructuras sociales preexistentes. Entonces, lo primero que debemos contemplar es que el modelo de dominación no se pudo implantar de igual manera en todas las regiones y que la resultante es producto de los condicionamientos que impuso la sociedad nativa. La tensión entre el conservadurismo y el cambio adquiere perfiles diferenciales en cada región. El proyecto europeo no tuvo siempre el éxito que ellos deseaban, ni transcurrió por los carriles que el modelo metropolitano

había previsto y que consistía fundamentalmente en crear dos repúblicas, la de españoles y la de indios, integrados en el proceso económico, pero cultural y políticamente separados.

Comparemos lo que ha sucedido en nuestro noroeste, que formaba parte de la jurisdicción del antiguo Tucumán colonial, con el proceso en los Andes Centrales. Describamos primero lo que sucede en Perú.

En el Perú la presión tributaria tenía dos pilares: a) la tasación, en relación con la capacidad demográfica del grupo, con lo cual cada comunidad sabía de antemano cuánto debía aportar al sistema, y b) el hecho de que la responsabilidad de entregar al encomendero (y más tarde directamente a la Corona) el *entero* del tributo, recaía sobre el **curaca** o cacique local. El **curaca** debía pagar la suma de los tributos que correspondían a todos los hombres adultos censados en su comunidad, aún si sus indios morían o huían y esa suma sólo se modificaba cuando se realizaba una nueva Visita o censo. El mismo mecanismo se utilizaba para enviar los mitayos a las minas y obrajes de Potosí. El **curaca** debía pagar por los faltantes. Por lo tanto, en principio el **curaca** trataba de conservar a todos los miembros de su comunidad, y mantener la cohesión entre ellos, a riesgo de pagar multas o con la cárcel por su incumplimiento. En segundo lugar, los riesgos derivados de las malas cosechas corrían también por cuenta de la comunidad y de su representante ante las autoridades. En caso de pérdida de las cosechas debían reunir los fondos necesarios vendiendo tierras, alquilando fuerza de trabajo, o implementando otras estrategias vinculadas con el intercambio de migrantes. Este último es un tema sustancial para entender la dinámica de la sociedad andina. Hay una antiquísima tradición sobre migraciones controladas, en parte sobre la base de los asentamientos dispersos en varios pisos ecológicos, que John Murra denominó "control vertical". Los incas reprodujeron esto a gran escala, utilizando a la vez la coerción y la negociación. En la época colonial el resultado de las migraciones podía provocar desadscripción, pero en otros casos ser una de las tantas estrategias organizadas y negociadas entre **curacas**, corregidores y curas (Saignes 1987). Las prácticas de negociar -a veces con notorios beneficios- tiene también una larga tradición en los Andes.

Todos estos factores combinados se coadyuvaban para mantener la cohesión del grupo y enfrentar comunitariamente la presión tributaria y también la mita minera. Pero tenía aun otra consecuencia. El sistema empujó a la sociedad indígena a participar en el mercado (Harris, Larson y Tandeter 1987). De hecho este factor de aculturación fue también un promotor del

conservadurismo. Gracias al ingreso al mercado, fue posible implementar estrategias para enfrentar la presión colonial, sin que necesariamente se produjese una desarticulación total de la comunidad. Y digo que no fue total, porque sin duda en algunas zonas las sociedades indígenas se desarticulaban notablemente, como la costa peruana y en otras regiones sufrieron diferentes procesos de etnogénesis. Por el momento me interesa destacar que en grandes áreas del altiplano y de la sierra la comunidad indígena reestructurada continuó reproduciendo el modelo de organización prehispánica, basado en la reciprocidad y las relaciones de parentesco.

El rol del *curaca* como articulador en muchas ocasiones favoreció su ingreso exitoso en el sistema económico colonial. Por supuesto no es posible generalizar en este punto, pero muchos de ellos amasaron considerables fortunas con lo cual jugaron un importante rol político a nivel de las relaciones regionales. Sus alianzas sucesivas con el poder dominante les permitía imponerse en sus comunidades, donde muchas veces se debían abandonar o dejar de lado las pretensiones de otros *curacas* que aducían derechos más legítimos. O sea que el enriquecimiento y la conducta política permitió la emergencia de los *curacas* nuevos, más aculturados y ligados al poder español. Esto se manifiesta más claramente en el siglo XVIII. Paralelamente, en la zona de influencia cuzqueña, los descendientes de los antiguos linajes incaicos continuaban conservando muchos de los privilegios que se les habían concedido en los primeros años de la conquista. José Gabriel Condorcanqui, Tupac Amaru II, reclamaba derechos en la línea sucesoria de esos linajes, y era a la vez un rico comerciante. En la rebelión que encabeza se conjugan factores como la utopía de restauración del imperio inca, las reivindicaciones económicas frente a las nuevas reformas borbónicas y la asociación con los mestizos. Pero no todos los señores étnicos estuvieron de su lado. Muchos fueron fieles aliados de los españoles y constituyeron un peso importante a la hora de las batallas decisivas. A su vez, muchas de las luchas de esta época se libraron también en los estrados judiciales, donde puede observarse el doble juego de quejas contra los abusos de los funcionarios pero simultáneamente la manifiesta lealtad al Rey de España (Serulnikov 1989).

Aunque las rebeliones del siglo XVIII fueron finalmente dominadas, la estructura comunitaria de la sierra y del altiplano no fue destruida. Es más, las comunidades resistieron el impacto del liberalismo del siglo XIX y de las reformas agrarias del XX que pretendieron quitarles los derechos comunitarios sobre las tierras y convertirlas en propiedades individuales.

La existencia de las comunidades ha fomentado con los años la formación de agrupaciones donde las reivindicaciones aymaras forman la base de las luchas sindicales y políticas actuales. El indigenismo militante, en sus muchas y complejas variantes, es una realidad en el panorama político del altiplano, que contrasta con las de otras zonas, como las del valle de Cochabamba, mucho más mestizado y aculturado a la sociedad occidental.

En suma, si no comprendemos la génesis de estas identidades, y los conflictos internos que produjeron, es muy difícil entender entre otros los procesos de migraciones internas y externas, las razones profundas de las reivindicaciones étnicas y otros fenómenos que definen el complejo perfil socio-político de la Bolivia actual.

Los valles y pampas interserranas del noroeste argentino estaban pobladas por diferentes grupos étnicos, organizados en pequeñas jefaturas con amplitud demográfica y territorial restringida y una capacidad excedentaria relativamente limitada. Jefaturas además cuyos caciques ejercían su autoridad como *primus inter pares*, pero con escasos recursos de poder. Los españoles debieron conquistar una a una estas jefaturas, y en el caso de los valles Calchaquies, resistieron la dominación hasta mediados del siglo XVII. Las poblaciones conquistadas, fueron organizadas en encomiendas, o sea repartidos entre los "beneméritos" de la conquista y sus descendientes. Ante la falta de organización política fuertemente jerarquizada, y la escasez de excedentes, la encomienda se organizó en base al servicio personal. O sea, que en vez de entregar tributo en bienes o convertirlos en moneda, como sucedía en el Perú, los indios del Tucumán entregaban energía humana. ¿Cuáles son las consecuencias de este sistema en términos de estructuras sociales, políticas y culturales? En el Tucumán el servicio personal era fundamentalmente desestructurador (Lorandi 1988). El cacique tenía la obligación de enviar a sus indios para que cumplieren sus mitas o turnos de trabajo en las tareas señaladas por el encomendero. Generalmente éste tenía tierras propias, adyacentes o alejadas del asiento de sus indios. Si eran próximas, con el tiempo se apropiaba de las tierras comunales con diversos artilugios, entre los que se encontraba la compra de las tierras o de los mejores predios, con la excusa de que había pocos indios. Si sus propiedades estaban lejos, los iban trasladando, a veces progresiva e individualmente, otras al grupo en su totalidad, aduciendo que les ofrecían mejores condiciones de instalación en los nuevos asientos. Con esto observamos que se produce la pérdida de los

derechos sobre las tierras originales de las comunidades, con la consiguiente nulidad de cualquier reclamo judicial. Entraban así en una situación de dependencia clientelística. Si el encomendero vendía su propiedad, los indios quedaban librados a los avatares de los intereses privados y si entablaban juicio, a merced de un dictamen elaborado por la misma élite que intervenía en el litigio.

Por otra parte el cacique, que tenía autoridad para distribuir los turnos de la mita, no tenía poder para hacerla cumplir. Si los indios faltaban a sus obligaciones, sobre todo porque huían, el castigo posible al cacique no modificaba la situación pues éste no podía ser compelido a reemplazar al faltante, dado que como jefe étnico estaba exento de tributo y tenía pocas posibilidades de imponer doble prestación a otro tributario. En suma, el cacique carecía de medios para sostener la cohesión de su comunidad. Dado que el trabajo se efectuaba en las fincas del encomendero, ya sea en la labranza, cuidado de ganado o textilera (esta a veces se hacía en la comunidad, porque era trabajo de las mujeres), el riesgo por pérdida de cosechas recaía sobre el encomendero, y por lo tanto los indígenas tuvieron escasas oportunidades para insertarse en el mercado, que en los Andes Centrales fue un factor decisivo en la aculturación y generador de múltiples estrategias de inserción en la sociedad colonial.

Bajo las condiciones precitadas, incluído el escaso nivel de poder y prestigio de los caciques, éstos no cumplieron un rol significativo en la nueva sociedad colonial. En términos generales, y aunque estuvieron exentos de tributo o mita, no pudieron tampoco aprovechar las nuevas oportunidades que ofrecía el sistema, como ocurrió en el Perú y especialmente en la región del Cuzco y el altiplano.

Todos estos factores afectaban la comunidad que se fue desestructurando y perdiendo capacidad de reproducción social. A ello se sumaron las caídas demográficas que habían sido provocadas por las pestes, el descenso de la producción de subsistencia frente a las múltiples mitas que presionaban sobre la comunidad, entre los que se deben destacar el trabajo femenino de sol a sol, cuatro días a la semana y los traslados a Chile y a Potosí en las caravanas comerciales de las cuales no regresaban.

Un tercer factor de gran impacto en la desestructuración fueron las rebeliones y las subsiguientes desnaturalizaciones. La llamada gran rebelión se produjo entre 1630 y 1643. Los que más resistieron, malfines, andalgalaes y abaucanes fueron trasladados primero a Córdoba y luego reinstalados en diversas estancias de sus encomenderos (Lorandi y

Sosa Miatello 1991). A esto debemos sumar que desde el comienzo de la conquista los valles Calchaquies continuaban resistiendo la ocupación y la situación alcanzó su máximo punto de tensión con la llegada al valle de Pedro Bohorquez. Luego de este episodio, la resistencia debió ser combatida mediante dos largas campañas realizadas por el gobernador Alonso de Mercado y Villarcorta (Lorandi y Boixadós 1987-88). La primera se produce en 1659 y la segunda en 1664. En 1665 todos los indios del valle habían sido desnaturalizados. Algunos, gracias a alianzas de último momento, como las de los tolobones y colalaos, fueron reinstalados sin grandes desmenbramientos. Otros, como los conocidos quilmes, fueron trasladados hasta Buenos Aires. Sólo los que habían mantenido siempre una conducta ambigua frente a las rebeliones, como los amaichas, pudieron conservar sus tierras originales (Cruz 1989). Pero otros grupos, más bien por necesidades de la propia guerra y de las economías locales carentes de mano de obra, fueron dispersados en grupúsculos de no más de cinco familias y repartidos entre los propietarios de La Rioja y del valle de Catamarca. Antes de iniciar estas campañas, Mercado y Villarcorta había realizado una "composición de indios" por medio de la cual prometió entregarlos en proporción con lo que cada vecino aportase para la pacificación del valle. Los quilmes fueron llevados a Buenos Aires en pago de una buena suma de dinero donada por su gobernador (Palermo y Boixadós 1989).

Al culminar este proceso comienza otro, de recreación de nuevas identidades. Las posibilidades de conservar las identidades étnicas se encuentran en estrecha relación con la nueva situación. Los menos desarticulados se transformaron en un campesinado que durante el siglo XVIII conservaron algunos de los rasgos que los identificaban con su perfil étnico original. Los restantes fueron indirectamente compelidos a un mestizaje forzado, como única posibilidad de lograr la reproducción biológica más elemental. Así, los que se encontraban dispersos en las haciendas ganaderas de Catamarca o La Rioja, debieron convivir con mujeres mocovíes (en su mayor parte) capturadas en las nuevas guerras contra la presión de las poblaciones chaqueñas. Además estos grupos se ven también infiltrados por población esclava negra, que inevitablemente era incorporada al sistema productivo ante la acuciente falta de mano de obra indígena. La presencia de chaqueños y negros se hace sentir en todas las ciudades, con lo cual el mestizaje, no sólo es producto del contacto voluntario o involuntario con el español o criollos de ese origen sino que, además del carácter interracial que ello implica, también tiene este perfil interétnico, en tanto que

intervienen distintos grupos indígenas muy diferenciados entre sí (Lorandi 1992). En el siglo XVIII las opciones para el mestizaje se ampliaron aún más con la llegada de atacameños y de pobladores del altiplano que buscaban tierras vacantes y nuevas oportunidades de trabajo.

Mientras tanto, la economía agraria con énfasis en el algodón (y los tejidos) había cedido su lugar a la ganadería extensiva, con lo cual los propietarios del Tucumán podían competir en el mercado potosino. La dinámica económica de la zona se fue haciendo cada vez más mercantil, en especial con el comercio de los esclavos que llegaban al puerto de Buenos Aires y que eran llevados hacia el Perú, al que se suma el famoso comercio de mulas, y la fabricación de carretas.

Las ciudades que se encontraban sobre la ruta al Alto Perú adquirieron un progresivo dinamismo, las restantes se vieron fuertemente afectadas por su aislamiento. Esta división entre los sectores dinámicos y los restantes marca también las diferencias en los procesos de reconstrucción de nuevas identidades. En primer lugar, debemos considerar que en grupos pequeños, a la vez multiétnicos, es sumamente difícil conservar las tradiciones culturales. El resultado más evidente es la reformulación de nuevas identidades, con escasos o fragmentarios restos de las anteriores. En segundo lugar, el aislamiento y la individuación conducen a la indefensión, y en consecuencia a la necesidad de buscar protección en relaciones clientelísticas, que tendrán su manifestaciones más evidentes en los caudillismos de mediados del XIX.

Los grupos que quedaron mejor emplazados y próximos a las ciudades, pudieron implementar estrategias individuales o colectivas de integración o asimilación a la sociedad dominante, que ofrecía un modelo referencial de mayor prestigio y de mejores opciones para la reproducción social. Con la aparición de las nuevas generaciones la pérdida de la tradición ya no es vivida traumáticamente, sino positivamente. Una prueba de ello es que salvo en la Puna y la Quebrada de Humahuaca, el folklore tendrá cada vez mayor cantidad de elementos europeos y escasos componentes andinos tradicionales.

Simultáneamente, con la relativa decadencia de Potosí, el Tucumán pierde su gran mercado tradicional. El puerto de Buenos Aires y la ganadería pamapeana desplazan el eje de la prosperidad hacia el sur. Después de la Independencia, las políticas nacionales dan la espalda a los tradicionales vínculos económicos entre el Tucumán y el alto Perú. Los escasos grupos indígenas que conservan algunos rasgos de sus sociedades tradicionales se van asimilando cada vez más y se transforman en campesinos sin tierra, instalados como ocupantes tolerados, pero ilegales en las haciendas de la región. Con las sucesivas ventas de las propiedades, los campesinos comienzan a ser considerados intrusos

y muchas veces obligados a instalarse en los centros urbanos, o a subsistir en base a las migraciones golondrinas en las épocas de cosecha. Buena parte del gauchaje pampeano se origina en estas migraciones y los consiguientes mestizajes (Rodríguez Molas 1982). Este proceso, con todas las variantes que hemos mencionado, es individual y no se sustenta en una estrategia organizada desde una comunidad de base. El resultado es una individuación acompañada con una relativa aculturación, muy limitada, en tanto que no participan plenamente de la nueva sociedad.

Estos son los componentes y características culturales que dibujan el perfil social hasta mediados de nuestro siglo, cuando bajo la política peronista se inician las nuevas oleadas de migrantes del interior y luego las de los países limítrofes. Entre ellos se encuentran los bolivianos, que son los que menos se desligan de su país y normas culturales de origen, siguiendo las pautas tradicionales de migración con base comunitaria.

En suma, para evaluar nuestras realidades cotidianas es necesario conocer la historia que subyace bajo las conductas que observamos, de otra manera es imposible evaluar y ponderar las diferencias, las nuevas estrategias y las inevitables diferenciaciones que se crean y recrean con el transcurso del tiempo y de los acontecimientos. Acontecimientos que tienen sentido para los actores que los protagonizan, aunque los posmodernos también hayan decretado la muerte del sentido.

## Bibliografía

- CRUZ, Rodolfo 1989. La tierra, la guerra y la frontera: la comunidad indígena en Amaicha del valle (Tucumán, siglos XVI y XVII). Ponencia presentada al I Congreso Internacional de Etnohistoria, Bs. As.
- HARRIS, O., LARSON, B. Y TANDETER, E. comp. 1987. La participación indígena en los mercados surandinos. La Paz, Ceres.
- LORANDI, Ana María 1988. El servicio personal como agente de desestructuración en el Tucumán colonial. *Revista Andina*, 6 (1): 135-173, Cusco.
- LORANDI, A.M. y BOIXADOS, R. 1987-88. Etnohistoria de los valles Calchaquies en los siglos XVI y XVII. *Runa* 17-18: 263-420, Bs. As., I.C. Antropológicas, Fac. F. y L., UBA.
- LORANDI, A.M. y SOSA MIATELLO, S. 1991. El precio de la libertad. Desnaturalización y traslados de indios revelados en el siglo XVII. *Memoria Americana*, I: 7-28, Bs. As., Sección Etnohistoria, I.C. Antropológicas, Fac. F. y L., UBA.
- PALERMO, M.A. y BOIXADOS, R. 1989. La reducción de los quilmes: funcionamiento local y antecedentes. Ponencia presentada al I Congreso Internacional de Etnohistoria, Bs. As.
- RODRIGUEZ MOLAS, Ricardo 1982. *Historia Social del Gaucho*. Bs. As., Centro Editor de América Latina.
- SAIGNES, Thierry 1987. Auyllus, mercados y coacción colonial: el reto de las migraciones internas en Charcas. Siglo XVII. En Harris, Larson y Tandeter comp. *La participación indígena en los mercados surandinos*. La Paz, Ceres.
- SERULNICOV, Sergio 1989. Reivindicación indígena y legalidad colonial. La rebelión de Chayanta (1777-1781). Bs. As. Documentos del CEDES.